

INTRODUCCIÓN de Dictator Style de Peter York

"En cada casa de ensueño hay un dolor de corazón", dice una de mis canciones favoritas de los setenta. Por muy rico que seas, si vives en una democracia bien gobernada, las normas de planificación definen lo que puedes construir y necesitas el consentimiento de los edificios catalogados para cambiar lugares antiguos. La plebe incluso tiene derecho a vagar por tu tierra, como descubrió Madonna en Dorset. A veces no puedes conseguir a los arquitectos, los artistas, los artesanos que quieres ni por amor ni por dinero. Los tormentos de los ricos son muy reales para ellos; son cosas de las que todos se quejan. Pero piensa en esto: como dictador en toda regla, todo está ahí para ti: todos los recursos de tu país, el dinero, la mano de obra, los artistas y los artesanos. Ningún dictador del siglo XX, ni siquiera de la economía de subsistencia más miserable, tuvo jamás menos de mil millones de dólares a su disposición. Y ningún dictador ha tenido jamás que sufrir las limitaciones de construcción y decoración del multimillonario occidental medio del siglo XXI. ¿Derecho a vagar? "¿Para qué sirven los Kalashnikovs? ¿Para la intervención del Estado? Vamos, l'Etat c'est moi. ¿Odias esa colina, esas chozas, ese río?

Por eso inventaron la dinamita.

(...)

El sentido de ser un dictador es que estás en una clase única. Como Lady Littlehampton de Osbert Lancaster: "si soy yo, eres tú". Lo estás diciendo en voz alta para el Estado, que eres tú; estás encarnando los antiguos valores de tu pueblo (revisados en 1930 o 1976 o 1990). Es tu gusto lo que Cuenta y, francamente, Eres infalible.

Puedes tener casas (o más bien palacios) donde quieras. Elige un lugar, cualquiera, y empieza a construir. Todos los lugares son tuyos. Si los campesinos del lugar se oponen, tu pueblo sabe qué hacer. Los dictadores modernos lo tienen todo: todos los poderes de los faraones con acceso a las nuevas tecnologías de estructuras

de acero y paredes de cristal, iluminación inteligente, seguridad, sistemas de sonido y fontanería exótica.

Después de un siglo de dictadores de modelo totalitario que construyeron monumentos al aterrador poder de la personalidad, ahora hay exteriores e interiores asombrosos, y mucho de lo que los agentes inmobiliarios llaman el factor sorpresa. Siempre me han fascinado las casas de los seriamente ricos y los profundamente importantes. Olvídate del gusto. Como dijo una vez la Reina, "en realidad no ayuda". Lo que importa es la embriagadora sensación de que se puede hacer cualquier cosa, de que todo puede suceder, de que se suspenden todas las restricciones normales.

Pero los seriamente ricos y los profundamente importantes nunca han estado tan interesados en mostrarnos sus casas como los moderadamente ricos y sus hermanos en las clases de diseño. Las casas de los grandes dictadores siempre han seguido la historia oficial (el camarada Stalin posando en su casa con niños soviéticos, publicado por Tass en los años 30). Pero no pudimos ver la guarida de nuestro amado líder ni sus dormitorios y baños. Para eso -el material del gran nuevo comercio internacional de sesiones fotográficas de interiores- tuvimos que esperar a que fuera depuesto o muriera.

Tomemos como ejemplo a Saddam Hussein, un hombre que en 2003 tenía aproximadamente 65 palacios. ¿Cómo vivían él y sus aterradores hijos mientras la economía iraquí se desmoronaba bajo las sanciones? ¿Qué se puede aprender de su personalidad y su régimen en esos lugares? Resulta que son masas. Las imágenes por sí solas son extraordinarias; más que suficientes para justificar la invasión. Como escribió J. O'Rourke: "La lámpara de araña de Saddam era la tamaño de un garaje para dos coches. Si se hubiera querido una razón para invadir Irak, habría bastado con una decoración de interiores delictiva.

Las casas de los dictadores muestran lo que ocurre cuando se deja que la gente ejerza sus fantasías, sin restricciones de escala. Gente

que (normalmente) no tiene formación en esas cosas. (Hitler, por supuesto, era un artista de cuarta categoría y se consideraba un hombre de buen gusto). Gente de orígenes abrumadoramente modestos. Gente tan diferente como uno podría imaginar de, por ejemplo, el difunto John Fowler o Sir Terence Conran o cualquiera de los muchos buenos diseñadores de los últimos días que nos invitan a sus casas de buen gusto, extravagantes, divertidas, informales y atmosféricas de forma constante. Francamente, los dictadores son iguales al resto de nosotros. Sólo que más.

A pesar de sus recursos casi infinitos, la mayoría de estos dictadores no han producido exactamente edificios e interiores premiados. No buscan el aspecto liberal del establishment. Incluso en sus momentos más escabrosos, normalmente han apuntado a algo bastante conservador y clásico. No han utilizado las técnicas de construcción más modernas ni han contratado a los mejores artistas y decoradores.

(...)

No es casualidad que el "aspecto de hotel" sea tan popular entre los dictadores. Para ellos, los límites entre lo público y lo privado no están claros. Muchas de las salas que estás a punto de ver son públicas, tanto para reuniones como para familias, y el aspecto tiene tanto de manipulación como de aspiración, y la paranoia se desborda por las paredes. Todos los dictadores parecen tener personalidades especialmente paranoicas (aunque eso no significa que la gente no intente atraparlos). La paranoia era el principio organizador de Stalin, traducido en "atrapa a los dictadores antes de que te atrapen a ti" y "la muerte resuelve todos los problemas". Así que tienes guardias dentro y fuera, un cuartel detrás de la casa y toda la tecnología de seguridad nueva que puedas encontrar. Y aún así estás nervioso.

En el caso más extremo (por ejemplo, en el de Saddam Hussein), uno no duerme en el mismo lugar que ha utilizado para las reuniones del día, sino que se muda a una casa segura mucho más modesta. Mientras tanto, se cocina y se sirve la cena a los que se

parecen en palacios por todo el país. En lugar de eso, que los maten a ellos.

Muy pocos de estos hombres heredaron más que una hilera de judías. No habían recibido formación en el lado del duque de Devonshire. Y tampoco tiempo. Ningún dictador en su mejor momento pensó un momento en equilibrar su vida laboral y personal. Eran hombres que habían estado prófugos, habían vivido en condiciones difíciles y habían cumplido condenas de prisión antes de triunfar; y a menudo tuvieron que hacerlo todo de nuevo después de ser depuestos. ¿Quién olvidará a Saddam Hussein saliendo de un agujero sucio en el suelo en 2003?

Las posibilidades de que un dictador muera cómodamente en la cama también son considerablemente menores que la media. Es un juego muy duro, así que la otra comparación obvia es con los grandes criminales profesionales. No te sientes seguro a menos que tengas a tu tribu o a tu pandilla a tu alrededor. El gobierno de compinches —en realidad, la turba numerosa de tu pueblo— es fundamental para el estilo de vida dictatorial. Por eso, los dictadores no crecen en matrimonios clásicos de compañerismo, nunca tienen vida privada; siempre están pasando el rato con sus muchachos. A menos, por supuesto, que tengan a la Diablesa Lady Macbeth con la que trabajar, como Ceausescu o Milosevic (Imelda Marcos era algo diferente, pero sin duda una gran parte de esa operación política”).